

## Demoliciones Laguna

El amplio ventanal sin cortinas daba entrada al amanecer. Poco después en el suelo de la habitación comenzaron a reflejarse los primeros rayos del sol. Se pronosticaba un día de fuerte calor para el 21 de junio, el inicio del verano.

Bonifacio Laguna llevaba más de dos horas despierto, era imposible que recuperara el sueño. La noche anterior había tomado un par de somníferos que solo le ayudaron a empezar a dormir.

Los nervios lo tenían amarrado a las sábanas, no quería levantarse. Tan pequeño y tan delgado, en una esquina de la enorme cama de matrimonio, reflejaba fielmente la imagen de la soledad. Este hombre de ojos hinchados había cumplido los sesenta hacía algo más de dos meses.

El principio de este maldito 2014 había sido terrible: su empresa de derribos de edificios, Demoliciones Laguna, había quebrado; su adorada rusa Tania le había abandonado por un hombre mucho más joven, “seguro que con un cuerpo atlético”, pensaba él y para colmo el aviso del neumólogo: “o dejas de fumar o te quedan un par de años de existencia”.

Y no, no había dejado de fumar. Ahora fumaba dos paquetes en vez de uno.

De la empresa le quedaba un juicio pendiente con los trabajadores. Sospechaba que su patrimonio personal iba a quedar seriamente dañado. Más de una vez se le escuchaba: “¡estos cabrones me van a sacar hasta el hígado!” Era cierto, pedían indemnizaciones por dos millones de euros.

Y Tania, su querida y deliciosa Tania, después de haberle dado cuatro años de cariño, de corresponderle con regalos de joyas y oros de todos los modelos, desapareció. Llevaba viudo más de diez años y la agencia de servicio doméstico le envió esta esclava de cuarenta que le enamoró desde el primer día. Le encantaban sus ojos azules, su melena rubia y su delicado

cuerpo; la vida con ella había rejuvenecido. Sentía el corazón lleno. De pronto llegó el golpe mortal que le cogió desprevenido: un día al volver a casa descubrió su armario vacío. Ni una nota, ninguna explicación. La buscó por todas partes, denunció su ausencia y no encontró rastro. Perdió el humor, le abandonaron las ganas de seguir ¡Qué grande le resultaba la cama solo para él!

En pocos meses su vida se había puesto del revés, era la auténtica demolición de Bonifacio Laguna.

Estaba tan cansado de todo esto, de inventarse embustes y patrañas para sobrevivir, de no saber ya qué era verdad y qué era mentira, que decidió marcarse un plazo para quitarse de en medio. El día que cumplió los sesenta señaló con un círculo rojo el 21 de junio en el calendario de la cocina y al lado escribió una nota: "hoy me suicido".

Por fin se levantó de la cama y fue lentamente a la cocina. Antes de hacerse el café, leyó lo que había escrito para este día del inicio del verano, efectivamente era el señalado. Miró el reloj, las nueve en punto de la mañana, le quedaban como máximo quince horas de vida.

Desayunó un café con leche y una tostada con mantequilla y mermelada de ciruela. Abrió la nevera, para los que vinieran detrás dejaba poca cosa: media docena de huevos, un par de cogollos de lechuga y tres tomates.

En el cuarto de baño se afeitó y se dio una buena ducha. Se puso un traje de verano beige claro con una camisa blanca, sin corbata y zapatos italianos marrones.

Abrió la puerta del despacho, todo en orden. Encima de la mesa había colocado en fila: dos cuchillas bien afiladas para cortarse las venas, una dosis de cicuta, la pistola Astra cargada con un par de balas y una soga para colgarla del techo. Todavía no había decidido el método, tenía varias horas por delante. Alguien le contó que desangrarse en un baño caliente era hasta placentero. Otro le habló del griego Sócrates que fue obligado a suicidarse con una infusión de

cicuta. Lo sencillo y rápido sería pegarse un tiro, pero había que tener valor para meterse el arma en la boca y disparar. La soga era para completar, eso de ahorcarse no le seducía en absoluto.

Salió a la calle, de pronto se acordó de lo que el padre Marcelo les decía en clase de religión: “los suicidas van siempre al infierno”. –¡Qué absurdo!, no entendía por qué le venían estos pensamientos precisamente a él, que llevaba muchos años sin creer en nada y que jamás pisaba una iglesia.

Cruzó la plaza. El negrito de la esquina se quedó muy extrañado cuando Bonifacio, en vez de mirarle con cara de desprecio, le soltó un billete de veinte euros.

Continuó su paseo por la Gran Vía, se paró en la entrada del casino que justo acababa de abrir sus puertas. No lo conocía, tuvo curiosidad y entró. Se acercó a una mesa de ruleta, media docena de jugadores matinales con cara de viciosos del juego y el croupier, un hombre alto con un enorme bigote. Cambió fichas por quinientos euros. Decidió jugar a dos números: el 21 por el día y el 14 por el año. En media hora perdió cuatrocientos setenta y cinco euros, solo le quedaban veinticinco. De pronto el azar se puso de su parte: pleno al 21, pleno al 14 y pleno al 21. En quince minutos algo más de un millón de euros; el croupier no salía de su asombro.

Bonifacio fue a cambiar sus fichas, “por favor, en billetes de 500”, se llevó dos mil de color morado que guardó en una bolsita.

Comió apaciblemente y volvió a casa. Contó los primeros quinientos billetes y los fue rompiendo en trocitos: “estos son para ti Tania, para que te compres todas las joyas que quieras”. Hizo un segundo grupo y repitiendo su maniobra destructiva la dedicó a sus queridos trabajadores: “para que cobréis las deudas que tengo con vosotros” y dejó un pequeño montón para pagar los honorarios de su doctor, que quemó en la chimenea. Cumplió con la pasión de destrozar.

Con el resto fabricó distintos modelos de aviones de papel, salió a la terraza y los tiró a la calle, algunos volaban como reactores, otros como ultraligeros, incluso uno parecía un helicóptero dando giros. Cuando se le acabaron se subió a la barandilla y pensó si él podría planear. Cerró los ojos, abrió los brazos y el vacío fue suyo.